

Fecha de recepción: 5 de septiembre de 2011

Fecha de aceptación: 1 de febrero de 2012

ESTUDIANTES DE ANTROPOLOGÍA: ¿RENEGADOS SOCIALES O AGENTES PARA EL DESARROLLO?

Francisco Castro Pérez

El Colegio de Tlaxcala

Resumen: En las instituciones públicas de educación superior de México donde se forman antropólogos, contrastan altos índices de deserción con bajos índices de titulación, fenómeno que pone en duda la viabilidad profesional de esta carrera. Ante esto, las unidades académicas, los planes de estudio y los profesores son sometidos a múltiples evaluaciones, pero el interés por conocer a los estudiantes es escaso.

¿Quiénes son los sujetos que eligen esta disciplina y por qué lo hacen? ¿Cómo transforma su vida esta elección? ¿Qué tipo de profesional y de ciudadano se pretende formar? Buscando dar respuesta a estas interrogantes y como participante del proyecto Antropología de la antropología; diagnóstico y perspectivas de la antropología en México, impulsado por la Red Mexicana de Instituciones Formadoras de Antropólogos (Red MIFA), en 2008 se llevó a cabo una investigación etnográfica que pretende identificar quiénes son y cuál es el perfil cultural de los estudiantes que se forman en el Colegio de Antropología Social de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Se afirma que estos personajes polimorfos condensan una doble identidad: son miembros de subculturas juveniles y pertenecen a clases sociales específicas, pero forman parte, al mismo tiempo, de una cultura universitaria y una disciplinaria particular.

Palabras clave: culturas juveniles; cultura universitaria; cultura disciplinaria; renegados sociales; agentes de desarrollo.

ANTHROPOLOGY STUDENTS: SOCIAL RENEGADES OR AGENTS FOR DEVELOPMENT?

Abstract: In Mexico's public institutions of higher education, where anthropologists are trained, there are contrasting high levels of drop-out student with low levels of them actually completing their degrees. This phenomenon raises questions on the viability of this academic degree. Facing this situation, academic departments, programmes and scholars are continuously subject to evaluations. There has been, however, little interest in understanding the characteristics of anthropology students: What are their characteristics and what informs their career choice? How is this decision transforming their lives? What kind of professionals and citizens are anthropology programmes forming? Searching for an answer to these questions, in 2008, the project "Anthropology of anthropology; diagnostic and perspectives of Anthropology

An. Antrop., 46 (2012), 61-74, ISSN: 0185-1225

in Mexico”, promoted by the Mexican Network of Formative Institutions on Anthropology (Red MIFA in Spanish), conducted an ethnographic research that aims at the identification of the characteristics and cultural profile of the students of the Colegio de Antropología Social de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (Puebla, Mexico). It is claimed that these *polymorphic* individuals compress a double identity: they are members of juvenile sub-cultures and belong to specific social classes; however, they are, simultaneously, part of an universitarian culture and members of a specific academic discipline.

Keywords: juvenile cultures; university culture; disciplinary culture; social renegades; development agents.

INTRODUCCIÓN

En los países latinoamericanos, como es el caso de México, donde impera la desigualdad social, las posibilidades de movilidad y ascenso para los miembros de las clases subalternas se han correlacionado, en buena medida, con los estudios profesionales realizados. Sin embargo, aunque el derecho a la educación pública está plasmado en el Artículo 3° Constitucional, el promedio de estudios de la población—según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI)—es de 7.7 años de escolaridad (2° grado de educación secundaria), en tanto que la proporción de estudiantes que culminan la primaria y acceden a la universidad es menor a 10 %.

Asimismo, de cada mil estudiantes que ingresan al nivel de licenciatura—con las variantes disciplinarias del caso—solamente un 50 % culmina sus estudios, apenas un 23 % obtiene el grado (Robles 2008) y los que alcanzan un título profesional enfrentan un panorama generalmente adverso provocado por las bajas tasas de crecimiento económico y creación de empleos, que afectan a la población adulta pero también a los jóvenes.

Por otro lado, la política de modernización de la educación superior emprendida en la década de los años ochenta del siglo pasado en México, al apoyar fuertemente a los trabajadores académicos para cursar estudios de posgrado y generar las condiciones para que ingresen al Sistema Nacional de Investigadores, ha devaluado el nivel de licenciatura e indirectamente ha provocado que los mercados laborales eleven los requisitos de admisión, afectando, de paso, a los egresados no titulados.

En este contexto desfavorable, la antropología mexicana—una disciplina que el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) ubica en el área de Ciencias Sociales mientras la Secretaría de Educación Pública (SEP) lo hace en el área de Educación y Humanidades—ha visto cómo su relación histórica con el

Estado-nación que propició su nacimiento se ha ido modificando en las últimas tres décadas: de ser “la ciencia del buen gobierno”¹ y la encargada de “integrar” a los indígenas al desarrollo nacional (indigenismo de Estado),² ha pasado a ocupar un lugar de discreta relevancia con apoyos limitados para la investigación etnográfica y la exploración arqueológica.

Los espacios laborales en el sector público se han reducido de manera paralela al “adelgazamiento” del Estado y su retiro de la economía,³ y el sector privado no manifiesta gran interés en contratar profesionistas cuya mayor virtud es la de haber sido formados para interpretar fenómenos culturales ajenos a los intereses empresariales.

No obstante, y a pesar de este contexto tan desfavorable, el número de instituciones educativas donde se imparte la Licenciatura en Antropología Sociocultural en el país, sigue creciendo.⁴ Al parecer, las comunidades universitarias están convencidas de la importancia del objeto de estudio de la disciplina antropológica y les interesa documentar los procesos culturales regionales a contracorriente con el desinterés oficial.

De esta manera, la antropología sigue siendo una opción profesional que los jóvenes contemplan al terminar su ciclo de educación media superior. Pero ¿por qué elegir una carrera poco difundida, que requiere dedicar mucho tiempo a la lectura, que implica largos periodos de trabajo de campo conviviendo con gente desconocida, y con un mercado laboral incierto?

En las siguientes páginas, y tomando como estudio de caso al Colegio de Antropología Social (CAS) de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), planteamos algunas reflexiones sobre las razones de los jóvenes para ingresar a esta carrera, los factores que influyen en su temprana deserción, las

¹ Manuel Gamio (2005), considerado el padre fundador de la antropología mexicana, fue quien hizo este planteamiento que daba a la antropología un papel relevante para la gestión gubernamental.

² Para Gonzalo Aguirre Beltrán (1982), otro de los próceres de la antropología mexicana, los indígenas, mediante la aculturación, debían ser incorporados, integrados a la sociedad nacional. Los antropólogos que laboraban en los Centros Coordinadores del Instituto Nacional Indigenista (INI) serían los encargados de hacerlo.

³ Las plazas laborales en las dependencias de gobierno vinculadas al sector agrario, la educación o la atención a las culturas y pueblos indígenas (Secretaría de la Reforma Agraria, Instituto Nacional para la Educación de Adultos, Instituto Nacional Indigenista, Instituto Nacional de Antropología e Historia), fueron reduciendo su número de manera progresiva pero constante, hasta dejar de ser la opción “natural” para los egresados de las instituciones mexicanas formadoras de antropólogos.

⁴ Entre 2005 y 2007, por ejemplo, se han creado nuevos programas de Licenciatura en Antropología Social, entre los que están los de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, la Universidad de Guanajuato y la Universidad Autónoma de Tlaxcala.

dificultades que entraña la permanencia, el egreso y la titulación y sus perspectivas de desempeño profesional.

Conocer estos aspectos lleva a su vez a repensar la disciplina antropológica, el tipo de profesional que se pretende formar en el contexto mexicano y latinoamericano, y enjuicia la validez de la política oficial hacia la educación superior, los académicos y estudiantes.

LA INCERTIDUMBRE DE LA ELECCIÓN PROFESIONAL: EL FUTURO AL AZAR

La elección entre diferentes opciones es una actividad cotidiana del ser humano; debemos decidir lo que consumimos, en qué invertimos nuestro capital, o la pareja con la que viviremos. Lo mismo ocurre con la elección de la carrera profesional.

De manera arraigada se piensa que esta decisión es una acción individual, libre y de carácter microsocia, se resta importancia a la influencia de fuerzas macrosociales, de instituciones sociales, como la familia o la escuela. De acuerdo con Gambetta (1987), la elección de una opción profesional parece ser moldeada por las presiones macrosociales que empujan a los individuos y el margen de maniobra que tiene cada uno para saltar hacia donde más le conviene.⁵

Se presume que los individuos toman sus decisiones de manera inteligente, que están bien informados sobre las opciones profesionales y el mercado laboral y que razonan su elección tomando en cuenta los recursos de tiempo y dinero que están a su alcance. El historial personal de éxito o fracaso escolar ante diversas materias parece influir también de manera decisiva relacionándose con las preferencias o gustos particulares hacia determinado tipo de conocimiento.

La elección tiene, entonces, componentes objetivos y racionales de costo-beneficio, infiltrados por consideraciones subjetivas de orden cultural: obtener prestigio social, seguir la carrera del padre, hacer la carrera que el padre no pudo realizar. Las combinaciones pueden ser tantas y tan variadas como los individuos que ingresan al nivel universitario.

Siguiendo esta lógica podemos preguntarnos: ¿Quiénes son los estudiantes de antropología y por qué eligieron esta carrera? ¿Son acaso “desadaptados sociales” a los que no les preocupa el “éxito profesional” o jóvenes con mayor conciencia social que sus pares generacionales?

En el caso del Colegio de Antropología Social de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla encontramos que:

⁵ En este trabajo, Gambetta plantea la presencia y peso de diversos factores y fuerzas externas que moldean la decisión profesional de los estudiantes. A veces pueden elegir y construyen estrategias para alcanzar la meta, pero otras veces son empujados a entrar en campos del conocimiento inesperados o poco deseados.

1. El conocimiento previo de la carrera es mínimo y distorsionado toda vez que en las escuelas preparatorias estatales se imparten las materias de Psicología, Historia, Filosofía, pero no la de Antropología, y en consecuencia –de manera equivocada– confunden esta disciplina con la arqueología.⁶
2. Sus referencias de la disciplina están vinculadas con información mediática, que los lleva a construir una imagen estereotipada del antropólogo, al cual conciben como el “Indiana Jones” del cine. Esto les hace suponer una vida de aventuras y viajes a lugares exóticos, exenta de los rigores académicos y de investigación científica.⁷
3. Su conocimiento inicial del mercado laboral es pobre, pero no les preocupa sobremanera toda vez que ven muy lejana su incorporación a la actividad productiva y alientan la esperanza de que las cosas estarán mejor en el futuro.
4. En su mayoría tuvieron problemas con las ciencias exactas, las Matemáticas, la Física y la Química, y de alguna manera, la elección de la carrera constituye un mecanismo de escape estratégico. Se puede ser “licenciado” sin llevar matemáticas, cursar estudios profesionales “ligeros”.
5. Más que elegir la carrera de Antropología como parte de un plan de vida bien definido, un número considerable de estudiantes de nuevo ingreso⁸ entran a ella como alternativa cuando no alcanzan un lugar en la carrera deseada. Esto es una estrategia para no quedarse sin estudiar, ingresar a la universidad, e intentar un cambio posterior. Son los estudiantes de segunda opción quienes generalmente abandonan la carrera en el primer año.
6. Salvo algunas excepciones de jóvenes con antecedentes de consumo temprano de alcohol y drogas o de militancia en agrupaciones civiles o

⁶ A mediados de la década de los años noventa, y en el marco del Plan de Desarrollo denominado Proyecto Fénix que promulgaba la excelencia académica y el compromiso social, los profesores investigadores de la BUAP debimos realizar actividades de tutoría académica con los estudiantes de uno a más grupos “adoptados” desde el momento de su ingreso a la carrera. Esta tarea permitió aplicar cuestionarios de manera sistemática a los nuevos aprendices de antropólogos y facilitó el acercamiento necesario para conocer opiniones personales y características socioeconómicas generales.

⁷ Esta conclusión se derivó también del trabajo tutorial realizado con los alumnos de los grupos que tuve a mi encargo entre los años 2000 y 2007.

⁸ En el CAS, el porcentaje de estudiantes de segunda opción, generalmente inferior al 10 %, se incrementó de manera sorprendente al 30 % en el 2007, como resultado de la disminución en el número de plazas disponibles para las carreras de mayor demanda: medicina, leyes, contaduría, administración, odontología. De los 100 estudiantes aceptados, quedaban 70 en activo al final del primer año, elevando el porcentaje de deserción temprana (que “normalmente” oscilaba entre 15 y 20 %) a 30 %.

grupos políticos organizados, la gran mayoría de los estudiantes de nuevo ingreso en los últimos quince años son jóvenes de clase media y clase media baja, de procedencia más urbana que rural, cuyo objetivo es obtener un título profesional (frecuentemente el primero en su familia) estudiando una carrera que les parece enigmática y diferente a las convencionales. Esto crea generaciones de estudiantes “un poco *light* y un tanto *snob*”.⁹

7. En numerosos casos, la elección de esta carrera no cuenta con la aprobación de los padres, o de alguno de ellos cuando menos, lo cual incide negativamente en su trayectoria escolar obligándolos a buscar empleo y a desatender los estudios. Lamentablemente, las deficiencias en la tutoría académica, en el Colegio de Antropología en particular, y en la universidad en general, impiden contar con estadísticas confiables al respecto.¹⁰

SER JOVEN Y UNIVERSITARIO: LA DIFÍCIL COMPATIBILIDAD

Ingresar a la Licenciatura en Antropología Social en el CAS significa para los estudiantes aceptados cruzar el umbral hacia un espacio académico distinto al que conocían, entrar en contacto con jóvenes de diferente procedencia socioeconómica y cultural y experimentar importantes rupturas ideológicas y emocionales.

Las autoridades universitarias suponen que han ingresado los estudiantes más capaces y esperan de estos jóvenes una conducta responsable y disciplinada, que se identifiquen con los objetivos de la institución y culminen exitosamente sus estudios; suposiciones y expectativas que no siempre coinciden con los intereses y posibilidades materiales de los sujetos en cuestión.

Al incorporarse a la universidad, y muy especialmente al ingresar a una escuela de antropología, los jóvenes estudiantes entran a un laboratorio social donde quedan sujetos a nuevas reglas, formas de aprendizaje y evaluación, e interactúan con compañeros de distinta procedencia geográfica y socioeconómica,

⁹ Este contraste lo establecí con base en mi experiencia personal como alumno del CAS de la Universidad Autónoma de Puebla entre 1981 y 1986, y como académico de tiempo completo del mismo Colegio en el periodo del 2000 al 2007. Como estudiante de la segunda generación formé parte de un grupo integrado en su mayoría por mujeres y por individuos mayores de 25 años, más de la mitad de los cuales trabajaba y estudiaba y varios de ellos habían tenido experiencias de lucha sindical o política.

¹⁰ Las tareas de tutoría académica no contaron con la aceptación irrestricta de los profesores investigadores que la veían como una carga adicional y tampoco fueron bien recibidas por los estudiantes, que en general se manifestaron poco dispuestos a relatar detalles de su vida personal, limitándose a obtener sugerencias para elegir los cursos más convenientes y las firmas de autorización respectiva.

que se adscriben a diferentes culturas y subculturas juveniles: *punketos*, *rastas*, *metaleros*, *darquetos*, *emos*.¹¹

En este espacio privilegiado—teóricamente dedicado a la transmisión y generación del conocimiento antropológico— los jóvenes aprenden a ser tolerantes con las orientaciones sexuales de los demás y se permiten probar los efectos de estimulantes orgánicos e industrializados (marihuana, alcohol, tabaco, cocaína). En este sentido, el CAS es visto como un paraíso, como un territorio libre en el cual, según sus propias palabras, “todo está permitido”.

Ser estudiante de la carrera de Antropología significa, también, olvidar los uniformes y poder vestir de la manera más informal o extravagante posible sin recibir sanción alguna, poder hablar de tú a los profesores, ingresar al salón de clase después de tiempo o salir y volver a entrar sin pedir permiso.

Los estudiantes universitarios de la BUAP, a pesar de los cambios realizados en el reglamento de admisión, permanencia y titulación estudiantil, tienen 7.5 años para cursar las materias del plan de estudios y 5 años más para redactar y defender la tesis profesional en examen de grado, tienen derecho a cursar y recurrir la misma materia varias veces (previo intento de aprobarla en examen ordinario y extraordinario) y se les permite alcanzar la titulación mediante la entrega de un informe de servicio social.

Sin embargo, este paraíso que invita a los jóvenes a permanecer en él, se transforma en un infierno a medida que avanza su estancia en el Colegio y se viven las limitaciones y los conflictos. Irónicamente, parecería que estos estudiantes a los que se prepara para analizar contradicciones sociales desean una estancia feliz y sin confrontaciones.

Cuando éstas aparecen, los estudiantes manifiestan deseos de salir, de culminar sus estudios y partir: “¡Ya no aguanto más! ¡No quiero estar aquí! ¡Qué bueno que ya me voy!” Si se les pregunta por qué, la respuesta suele ser ambigua: “el ambiente es desagradable”.

Esta sensación de desagrado es alentada por una sorprendente percepción que van elaborando acerca de los profesores. En primer lugar, los estudiantes se sienten como un botín en disputa cuando los profesores pujan por dirigir sus tesis, ser sus lectores o invitarlos a escribir artículos, que se convertirán en puntos valiosos para los distintos procesos de evaluación y estímulos económicos en los que participan los docentes. En segundo lugar, se sienten desatendidos e incluso abandonados por los profesores que cursan estudios doctorales y/o ingresan al

¹¹ El estudio antropológico de la juventud como una construcción social, y de las bandas juveniles, las tribus urbanas o las culturas juveniles ha sido abordado por diversos autores entre los que se puede destacar a Feixa (1996, 1998), Valenzuela (2009) y Urteaga Castro Pozo (2007).

Sistema Nacional de Investigadores, pues consideran que ellos privilegian otras actividades y no las clases y la asesoría de los alumnos de la licenciatura.

Adicionalmente, la sensación de incomodidad y el deseo estudiantil de salir del CAS y de la BUAP son alimentados por las dificultades para elaborar la tesis profesional (que pone en duda si el perfil de egreso que se debe privilegiar es el de la investigación),¹² los altos costos económicos de los trámites para la titulación y la presión familiar.

Así, en el transcurso de su formación profesional, el estudiante de antropología vive un proceso de transformación personal, modifica sus valores, sus patrones de consumo, gustos e ideología: algunos se transforman en activistas sociales, otros se inclinan hacia el anarquismo, muchos impugnan la religión dominante y se vuelven ateos o agnósticos. Simultáneamente, otro contingente, tal vez el más numeroso, solamente vegeta durante su estancia en el CAS. Son estudiantes a los que sus propios compañeros califican como libertinos, indolentes, individualistas e hipócritas. La dureza de tales calificativos se justifica argumentando que estos estudiantes hacen todo menos leer y prepararse, que viven de la simulación académica, no tienen sentido de solidaridad y su discurso (crítico, irreverente) no guarda coherencia con una práctica ausente de compromiso o involucramiento con las causas sociales.¹³

De esta manera, la estancia en la universidad y el paso por una escuela de antropología ayuda a los jóvenes a conformar su identidad, a integrarse a una subcultura juvenil, a definir su orientación sexual. Es una experiencia de vida invaluable, que no va acompañada necesariamente del éxito escolar (la obtención del grado) ni de la identificación con la cultura institucional de la universidad en la que estudiaron.¹⁴ Y sin embargo, la cultura disciplinaria, la empatía con la

¹² De 1989 a 2007 han pasado por el CAS más de 25 generaciones de alumnos, cerca de 1 600 estudiantes, de los cuales –al año 2007– se han titulado poco más de 150 egresados: 110 mediante tesis y el resto mediante titulación automática (por haber obtenido un promedio superior a 9.0 sin haber recurrido ninguna materia).

¹³ Este juicio, expresado por varios estudiantes con rendimiento escolar notable y/o por algunos estudiantes que asumieron posturas de liderazgo para cuestionar las decisiones de la Coordinación del CAS, de los funcionarios de la Facultad de Filosofía y Letras, o la política educativa de la Rectoría de la institución, respondía a la decepción que los unos y los otros tenían ante la falta de interés académico y de compromiso social de la mayoría de sus compañeros instalados en la comodidad de asistir a las aulas, pero sin involucrarse activamente en los asuntos que definen su vida académica y su participación ciudadana.

¹⁴ Adrián de Garay, uno de los pocos antropólogos mexicanos dedicados al estudio de los estudiantes de educación superior, ha desarrollado sugerentes propuestas sobre los distintos grados de integración que alcanzan los estudiantes universitarios con los objetivos de la institución en la que se inscriben: plena, mediana, inexistente (Garay 2004, 2005).

antropología, es un sello que se queda tatuado en la piel, la mente y el corazón de los jóvenes que algún día, sin saber claramente por qué, eligieron estudiar la *ciencia de la cultura*.

EL EGRESADO ANTE SU LABERINTO: DÓNDE Y PARA QUÉ EJERCER

A medida que se acerca el momento del egreso, de la obtención del grado, la tensión de los pasantes de esta licenciatura aumenta y las dudas también. Van a abandonar el útero maternal de su escuela de antropología, esa isla paradisiaca e infernal a la vez en la que vivieron buena parte de su juventud aprendiendo teorías y métodos de investigación cuya utilidad van a poner a prueba donde los contraten.

¿A qué instituciones públicas o privadas les interesará contratar a un profesionalista teóricamente capacitado para realizar estudios culturales? ¿Será posible incorporarse a las labores de docencia e investigación en las universidades y centros de investigación antropológica y de ciencias sociales, avalados solamente con el grado de licenciatura? ¿Será conveniente tomar el riesgo de trabajar con organizaciones no gubernamentales o en actividades de consultoría? Ante la devaluación de las licenciaturas, ¿sería mejor estudiar un posgrado en Antropología? ¿Cómo decidirse entre el ejercicio de la antropología académica y la práctica de la antropología “aplicada”?

Al parecer, para los egresados del CAS que alcanzan el grado de licenciatura no hay mucho margen de elección. Lo primero que notan es que no hay vínculos entre la BUAP —como institución formadora de antropólogos— y las instituciones públicas o privadas que potencialmente les podrían ofrecer empleo. Hace veinte años, cuando la BUAP enarbolaba la bandera de ser una institución crítica, democrática y popular comprometida con el pueblo,¹⁵ se argumentaba que sus egresados —en especial los del área de ciencias sociales— eran unos agitadores profesionales académicamente mal preparados. Años después, pese a que la universidad dio un viraje político radical alejándose de la izquierda, privilegiando

¹⁵ En la obra *El Colegio de Antropología Social de la BUAP: continuidades y rupturas 1979-2005* (Licona 2005) que elaboramos colectivamente varios profesores investigadores del CAS como un producto más del proyecto Antropología de la antropología (AdelA), se hace un análisis comparativo del desempeño que ha tenido el Colegio de Antropología Social en el marco de los dos grandes momentos que ha vivido la Universidad Autónoma de Puebla en los últimos cincuenta años: el de la universidad democrática, crítica y popular, y el de la universidad de excelencia académica con compromiso social. Su próxima edición y la publicación de las historias institucionales de otras unidades académicas donde se investiga y enseña Antropología a nivel de licenciatura y posgrado habrá de contribuir a documentar la evolución de esta disciplina en México.

la academia, sometién dose a evaluaciones y auditorías externas y generando la imagen de ser una institución de vanguardia (por el elevado número de programas acreditados y el alto número de investigadores pertenecientes al Sistema Nacional de Investigadores),¹⁶ el mercado laboral para sus egresados de ciencias sociales en general y de los antropólogos en particular no ha mejorado sustancialmente. Buena parte del problema parece radicar en el desconocimiento que tienen los empleadores de las capacidades profesionales de los antropólogos y/o en la desconfianza que inspira el método etnográfico distintivo de la investigación antropológica que está basado en observaciones prolongadas realizadas en universos sociales de pequeña escala.¹⁷

Un segundo aspecto que vale la pena resaltar es la dificultad para hacer compatibles las actividades académicas propias de la docencia y la investigación universitaria con acciones prácticas que contribuyan a la solución de los problemas sociales estudiados. En su opinión, los antropólogos de gabinete estamos escribiendo para nosotros mismos y de manera injustificada desdeñamos y subvaloramos los aportes de los colegas que se desempeñan en las instituciones de gobierno o en las organizaciones no gubernamentales (los antropólogos “de huarache”). Según ellos, habría que reconocer la importancia de ambas prácticas.¹⁸

Una última cuestión que les preocupa es la pertinencia de los enfoques teóricos que se están trabajando en los programas de Licenciatura en Antropología en el país, y en particular en el CAS, pues el conocimiento de estas escuelas de pensamiento no parece preparar a los egresados para contribuir al desarrollo.

Partiendo de estas observaciones podemos preguntarnos: ¿hasta dónde es deseable seguir los enfoques teóricos de vanguardia generados en los países y las antropologías del primer mundo para interpretar los problemas sociales y culturales de los países del tercer mundo, como es el caso de México?

Con estas preocupaciones a cuestas egresan los antropólogos del CAS. Algunos se dicen dispuestos a innovar, a no transigir con sus principios éticos, a comprometerse con las causas de los grupos sociales más vulnerables. Otros manifiestan

¹⁶ El CAS, ya inmerso en la nueva dinámica de búsqueda de la calidad académica, fue sometido a revisión por un Comité Interinstitucional para la Evaluación de la Educación Superior (CIES) en 1998 y 2005, y en ese mismo año fue acreditado como un programa de calidad por la Asociación para la Acreditación y Certificación de Ciencias Sociales (ACCECISO).

¹⁷ Vid. Chambers y su opinión respecto al trabajo de campo antropológico. Este autor considera que el *fieldwork is time long and lost*, toda vez que requiere una inmersión larga y prolongada en comunidades pequeñas, a cuyo término se obtienen resultados relativos, incompletos y sin aplicación práctica (Chambers 1983: 60).

¹⁸ Estas opiniones fueron obtenidas mediante un ejercicio realizado con estudiantes del Colegio en el año 2004, cuando se publicó en el segundo número de la revista *Mirada antropológica*, editada por la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP (Castro 2004: 287-302).

su decisión de insertarse en el juego académico, de cursar los posgrados necesarios para hacer carrera académica sin involucrarse en los problemas de los grupos sociales estudiados (Castro 2004).

Así, hasta el final de sus estudios los antropólogos muestran la diversidad de pensamiento que inspira esta disciplina.

CONCLUSIONES

A lo largo de esta pieza discursiva se trató de delinear el perfil cultural y profesional de los estudiantes de la Licenciatura en Antropología Social que se imparte en el Colegio de Antropología Social de la BUAP desde hace tres décadas.

Como egresado de esta unidad académica (1981-1985), como profesor-investigador (2000-2007) y Coordinador de la licenciatura (2004-2005) he vertido aquí una serie de consideraciones basadas en mi conocimiento de la institución y en las opiniones que sus estudiantes han emitido en las sesiones de tutoría académica o en el marco de investigaciones, como la correspondiente al proyecto denominado Antropología de la antropología: diagnóstico y perspectivas de la antropología en México (Adela).

Es imprescindible destacar, antes que nada, las dificultades encontradas para obtener datos precisos en una unidad académica como la Facultad de Filosofía y Letras (a la cual pertenece el Colegio de Antropología) donde el interés por el seguimiento de egresados es muy reciente (2003) y la actividad tutorial es vista más como una tarea administrativa endosada a los docentes que como una práctica indispensable para el conocimiento cabal de los estudiantes. Adicionalmente, es necesario dejar asentada la condición de secrecía que impone la Dirección de Administración Escolar a la información que ahí se solicita, la cual solamente se proporciona con la autorización de la abogada general. Con limitaciones y marcos normativos como éstos es difícil hacer investigación educativa acerca de la cultura estudiantil y las culturas juveniles.

Sin embargo, se encontró que los estudiantes que ingresan a esta carrera lo hacen con un fuerte desconocimiento de la misma, la eligen como segunda opción, como estrategia de ingreso a la universidad, huyendo de las ciencias exactas y sin la aprobación familiar. Salvo algunas excepciones, los antecedentes del comportamiento social y político de la mayoría de aspirantes jóvenes se ubican en los límites de la “normalidad”.

Una vez admitidos, los estudiantes de Antropología entran en un proceso de confrontación y ruptura cultural, donde la unidad académica, convertida en un laboratorio social, se convierte en un espacio privilegiado de socialización y

reconfiguración identitaria que, sin embargo, se desea abandonar conforme pasa el tiempo y se acerca el momento del egreso.

Los jóvenes universitarios que estudian esta carrera tratan de hacer compatible su condición generacional con la estudiantil. Son miembros de estratos sociales específicos que se adhieren a culturas o subculturas juveniles particulares y al mismo tiempo tratan de cumplir con el estereotipo de estudiante que les impone la institución educativa donde cursan sus estudios universitarios. Cuando culminan sus estudios de licenciatura dejan de ser estudiantes, su participación en los grupos juveniles se reduce y abandonan ese doble y simultáneo estado transicional que caracterizó sus vidas durante varios años.

Sin embargo, a pesar de que escapan a la cultura universitaria que los envolvió, se quedan con el sello disciplinario de la antropología. Ahora son antropólogos preocupados por el empleo que aspiran encontrar, por la pertinencia laboral de los conocimientos adquiridos en aula, por el tipo de antropología que esperan desarrollar, por reivindicar la importancia social de la antropología; “la chica fea del baile” como la llamó Foster.¹⁹

Algunos egresados asumirán el papel de “renegados sociales”, de activistas interesados en impulsar alternativas de desarrollo distintas, de construir opciones contraculturales o de defensa de la diversidad cultural que haga de México un país pluriétnico y multicultural, en tanto que otros —posiblemente la mayoría— se inclinarán, por desarrollar una carrera profesional que les permita estudiar los fenómenos sociales sin tener que involucrarse necesariamente en su solución.

De esta manera, el proceso de formación disciplinaria que viven los estudiantes del Colegio de Antropología Social en la BUAP a comienzos del siglo XXI genera en ellos una identidad profesional contradictoria que les puede llevar a ser críticos radicales del sistema económico y político dominante o a integrarse a las instituciones y al régimen establecido para contribuir a su reproducción.

Finalmente, entre los hallazgos inesperados de destacar la opinión estudiantil desfavorable ante los efectos perversos que generan los procesos de mejoramiento de la calidad académica que impulsa la Secretaría de Educación Pública. Para algunos de ellos, el hecho de que la Licenciatura en Antropología esté acreditada y sus profesores cuenten con el Perfil PROMEP, integren un cuerpo académico en consolidación, tengan doctorado y pertenezcan al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), se traduce en sentimientos negativos de utilización y abandono que conviene analizar a mayor profundidad.

¹⁹ George Foster (1974) analiza los avatares y problemas de la antropología aplicada en México, entendiéndola como la actividad práctica que ejercen los antropólogos con las instituciones contratantes para impulsar el cambio social, para ejecutar acciones de “ingeniería social”.

Atender esta problemática es tan importante como la revisión del perfil de egreso de los estudiantes de esta licenciatura; pensar que a todos se les debe formar para ser investigadores no guarda correspondencia con un mercado laboral que restringe severamente esta posibilidad para los principiantes de la disciplina y los reserva a los que exhiben mayores credenciales.

REFERENCIAS

AGUIRRE BELTRÁN, GONZALO

1982 *El proceso de aculturación*, Ediciones de la Casa Chata, México.

CASTRO PÉREZ, FRANCISCO

2004 La aplicación del conocimiento antropológico: la experiencia de los profesionales y la visión de los aprendices, *Mirada Antropológica*, 2: 287-302.

CHAMBERS, ROGER

1983 *Rural development. Putting the last first*, Longman, Essex.

FEIXA, CARLES

1996 Antropología de las edades, Joan Pratt y Ángel Martínez (eds.), *Ensayos de antropología cultural*, Ariel, Barcelona: 319-334.

1998 *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, Causa Joven, México.

FOSTER, GEORGE M.

1974 *Antropología aplicada*, Fondo de Cultura Económica (Breviarios 132), México.

GAMBETTA, DIEGO

1987 *Were they pushed or did they jump? Individual decision mechanism in education*, Cambridge University Press, Cambridge.

GAMIO, MANUEL

2005 *Forjando patria*, Porrúa (Sepan Cuantos, 368), México.

GARAY SÁNCHEZ, ADRIÁN DE

2004 *Integración de los jóvenes en el sistema universitario*, Pomares, México-Barcelona.

2005 Las características de los estudiantes de educación superior, E. Agüera Ibáñez, José Jaime Vázquez López y Wietse de Vries Meijer (coords.), *Retos y*

perspectivas de la educación superior, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Plaza y Valdés, México: 129-150.

LICONA VALENCIA, ERNESTO, *ET AL.*

2005 El Colegio de Antropología Social de la BUAP: continuidades y rupturas 1979-2005, inédito.

ROBLES VÁZQUEZ, HÉCTOR V.

2008 [en línea] *Panorama educativo en México. Indicadores del Sistema Educativo Nacional 2007*, <<http://www.oei.es/quipu/mexico/index.html>> [consulta: 17 de febrero de 2008].

URTEAGA CASTRO-POZO, MARITZA

2007 *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*, tesis, Universidad Autónoma Metropolitana, México.

VALENZUELA, JOSÉ MANUEL

2009 *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*, El Colegio de la Frontera Norte-Casa Juan Pablos, México.